

El Cielo, de vergüenza, se ha ocultado
y la tierra su entraña ha estremecido
sintiendo de dolor—hondo latido—
en este tu morir tan sosegado.

Con Tu muerte, la vida ha florecido.
¡Amoroso milagro de la Cruz,
donde pende su cuerpo escarnecido.

Humano, por su amor ya redimido.
¿Qué mortal, sin ser Dios, sufrido hubiera
el «calvario» de amor por El sufrido?

CLIMAS DEL ALMA

A Pedro Caba, arroyano esclarecido.

El pájaro que ayer cantaba ufano,
ha sumido en silencio a la ribera;
y su cantar, de gracia placentera,
con su muerte voló en pos del llano.

Ya no escucha la fronda sus primores,
del céfiro, se oye la quimera:
tras la nieve vendrá la Primavera
y con ella, el trinar de ruiseñores.

Dime, Señor, ¿por qué calló en mi pecho
el dulce ruiseñor que se mecía
en la paz sosegada de mi lecho?

Tras la nieve, vendrá la Primavera...
¿Qué pájaro cantor dirá al amado,
que en rezos floreció ya mi ribera?

UNA NOVELA INGLESA



CUANDO Robert Warrington, de Balmoral House subiendo a su magnífico Rolls, empuñaba el volante, todos los vivientes de la inquieta y verde comarca que recorre el tranquilo Mersey, desde Manchester a Liverpool, se echaban a temblar.

Porque el joven Robert, último lord Warrington, no tenía una educación social adecuada. En Eton prefería el *boxe* al *rugby* o aquellos otros deportes en que hubiera que aunar esfuerzos para conseguir el triunfo. Era un individualista, como indicaba su mentón enérgico y saliente, mentón que había heredado de sus antepasados juntamente con el castillo de Balmoral House.

En la planta baja le esperaban todos sus invitados y el más despreocupado espectador podría observar en ellos el gesto avinagrado que denuncia el sentimiento de descontento.

—Yo no opino, Ana, pero no se le debía esperar—decía Lady Hawkins, opulenta señora de alguna edad, al tiempo que dejaba caer la derecha en su regazo; porque el libro que leía era pesado y voluminoso.

—Verdaderamente lord Robert no debiera habernos invitado si pensaba quedarse en Londres.—Contestaba melancólicamente Mistress Stimpson, que por contagio con el señor Stimpson, profesor de griego y algo filósofo, desdeñaba la realidad y vivía en un mundo interior creado por y para sí misma.

—No. Robert no tardará en venir. Será individualista y todo lo que ustedes quieran, pero no descortés.

Acababa de entrar en la estancia la alta figura del profesor Stimpson, sacudiendo negligente la ceniza de su cigarro.

—Tú siempre le disculpas,—dijo su esposa dirigiendo una mirada significativa al magnífico reloj que presidía la estancia y gobernaba la mansión de Balmoral con su grave y armonioso sonido horario. Porque estos relojes, testigos del tiempo pasado, que se alzan soberbios por sus tallas, seguros en su caja de ébano, o de roble, imponen siempre con su seriedad... Y con la firmeza rítmica del tic-tac sonoro, grave, lento...

—Nuestro reloj señala las cinco menos cuatro—dijo a la sazón el viejo David Warrington, a quien todos conocían por no perdonar nunca las faltas de su sobrino.—Tendremos que tomar el té sin él.

—Bueno. No creo que sea para incomodarse—le replicó Albert. Albert, el entrañable amigo del dueño de la casa; disponía en ella más que el tío David. Robert y él habían servido juntos en los comandos, después de abandonar irreflexivamente las aulas de Eton.

—Quizá pasó por Norwich para traerse a Mary—añadió el Profesor.

Nadie hizo caso de esta observación, porqua tampoco podían añadir nada a ella.

Albert tiró del cordón de la campanilla, ya que el tío David no había querido modernizar Balmoral House electrificándola. Apareció una doncella.

—Elisabeth; disponga que sirvan el té aquí mismo.

Elisabeth, hija única del ama de llaves de la vieja mansión, retiróse sin pronunciar una palabra. No muy alta, esbelta, rubia, puro tipo anglosajón padecía eso que los psicólogos de la escuela de Freud llaman una represión, pues, estando enamorada de Albert — en su señor no hubiera pensado nunca, ni aún en sueños — tenía que reprimirse mucho para no manifestarlo abiertamente. Eso, al menos, creía ella. Porque todo el mundo en la casa lo sabía. Robert, por Patric, su ayuda de cámara, que ya se lo había contado a toda la servidumbre, incluso al severo William, el mayordomo. A Robert le faltó tiempo para comunicárselo a su amigo, quien contestó escuetamente:

—No lo creo.—Añadiendo indiferente:—Ni le he dado motivo.

—Como si el amor se fundamentase en sólidas razones.—Le había replicado rápido lord Robert. —Debías casarte con ella, querido, es un buen ejemplar.

—Oh, no, mi tío Douglas me desheredaría.

—El viejo va a gruñir, —dijo sir David aludiendo al reloj, que, en efecto, dió cinco campanadas espaciadas.

Abrióse la puerta y apareció William, seguido de Elisabeth que no perdía ocasión de mostrarse a Albert, quien dispuso la mesita ayudado por William. Las tazas, la humeante tetera de plata con el blasón de los Warrington, de Balmoral —clava cruzada en campo de azul, rosas y leones rampantes en la orla—.

Antes de terminar la operación, se abre la puerta y aparece Eduarda. Su llegada alegró a todos.

—Creí que no terminabas, —le espetó lady Hawkins.

—Habrá tenido quehacer—sugirió el Profesor, que era condescendiente con todos.

—¿Qué tal esos versos?—interrogó Lord David.

Eduarda enrojeció visiblemente. Ocultaba pudorosa sus sentimientos y sus aficiones artísticas.

El poderoso ronquido de un motor dejóse oír; después unos pasos fuertes y seguros y, abriéndose la puerta violentamente, entró el dueño de la casa.

—Buenas tardes, señores. Me alegro de no hacer falta —dijo al ver el té servido.

Sentóse sin ceremonia, dispúsose a tomar un pastelillo, mientras Eduarda a su lado, le llenaba la tacita. cuando, volviéndose a abrir la puerta, penetró en la estancia la delicada figura de Mary.

—Además de haberme querido matar, no vas a darme una taza de té—sonó su alegre vozecilla.

—Pero si sabes que aquí todo es tuyo.

—No, yo apostaría que más bien es de Albert.

Echándose a reír el joven lord, dijo: —Tú tienes celos de Albert.

Mary saludó a los presentes y besó a las damas, con más efusión a Eduarda.

—No te había visto desde el Derby.

Acabado el té, salieron a pasear. El Profesor con Lady Hawkins; Mistress Stimpson con Albert y Eduarda. Pronto se cansó y volvió a la terraza, donde encontró a David, que no habiendo querido pasear, leía las cotizaciones en una revista bancaria. El viejo David era Presidente del Consejo de Administración del Warrington Bank y había hecho estudios de economía bancaria que publicaba a menudo en la National Bank Review. No encontrando nadie propicio para charlar subió a su cuarto en busca de un libro de poesías. Mistress Stimpson no leía más que libros de poesía.

Albert y Eduarda siguieron solos por las avenidas del sombrío bosque.

—No dirá usted, mi querida poetisa, que esto no es encantador—dijo pasándole el brazo por el talle.

Eduarda reclinó su cabeza en el hombro de Albert y lentamente siguieron paseando.

—¿Cuándo se va usted a casar conmigo?—preguntaba la menuda Mary al dueño de la casa.

—Yo creo que nunca —decía él mirándola a los ojos.

—Eso no me parece serio.

—¿El qué?—respondía sobresaltado Robert.

—El no querer casarse.

—¿Le parece que demos un paseo? Sin decir una palabra pusiéronse en pie.

Ya se había puesto el sol, cuando las dos parejas volvieron a la terraza.

—Este Elliot no termina de convencerme—declaraba Mistress Stimpson—Hay en él cierto fondo de hipocresía. No creo que sea firmemente un hombre religioso.

—No un religioso al modo puritano—decía David.

—No me refiero a esta u otra confesión sino al fondo, a lo metafísicamente religioso.

—Estos americanos no creo que puedan serlo.

—Es un error grave. Los americanos pueden ser tan religiosos como los demás.

—Al menos no tienen temor de Dios—añadió Lady Hawkins.

—Obran como si no lo tuviesen—dijo Mary con su vozecilla que en la noche naciente sonaba como las campanillas de plata de un templo chino.

—Bueno, que sean como sean—sentenció displicente Robert y ni para sentarse soltaba la delicada manita de Mary.

Albert y Eduarda se habían separado para ir a sus cuartos y cambiarse de traje para la cena.

Lady Hawkins, que no perdía detalle de cuanto ocurría a su alrededor, propuso:—Debemos imitar a esos vistiéndonos para la cena.

Habiendo terminado con tiempo, Albert y Eduarda se encontraban de nuevo solos en el comedor.

—Por qué no se casa conmigo?—preguntóle ésta a boca de jarro.

—Porque no sé si me sobrará algún chelín, después de pagar el impuesto sobre la renta, contestaba él.

—¿Por qué se fijan tanto los hombres en el aspecto económico del matrimonio?—argüía ella.

—Pues, porque los hombres, habiéndose invertido los términos sexuales, a causa del feminismo,—dijo lord David, entrando,—han tomado de las mujeres la nota distintiva del carácter femenino: el apego a la realidad.

—Según eso, nosotras, las mujeres, representaremos ahora el factor idealista de la sociedad.

—Exactamente.

—Luego romanticismo es feminismo.

—Desde luego.

—Entonces..., usted, solterón, realista...

—No saque conclusiones enfadosas.

Entrando en este momento el resto de los invitados, Albert, dirigiéndose a ellos:

—Tengo el honor,—dijo—de pedir la mano de Mis Eduarda a nuestra querida Lady Hawkins, aquí presente, como miembro el más caracterizado de la familia.

—Muy bien, hijo. Te la concedo, si ella no se opondrá.

—Eso debías hacer tú, Robert,—dijo Mary lánguidamente.

—¿El qué; pedir la mano de Eduarda?

—No, la mía.

—El día que no tenga otra cosa que hacer—contestó Robert, tomando del brazo a Mary para dirigirla a su silla.

FRANCISCO PITARQUE

Lea Ud.

« **ALCÁNTARA** »

y propáguela entre sus amistades.

De este modo contribuirá a difundir,

dentro y fuera de nuestra región,

las letras extremeñas.

AUTOBIOGRAFIA

Nací en cualquiera fecha.

Moriré cualquier día.

Entre las dos riberas

la gota de una vida.

¿Qué quedará de mí

cuando mi luz se extinga?

Lo que hice...No hice nada.

Lo que pensé...Mentira.

Lo que soñé...Será,

igual que yo, ceniza.

?Qué quedará de mí,

para mi biografía?

Dos fechas: los extremos

de cortísima línea.

En el medio, vacío,

soledad. ¡Quién diría

que tan poquita cosa

nos queda de la vida!

EUGENIO PAYO